



*Alberto
Vázquez-Figueroa*

OCÉANO

Lanzarote, tierra árida y fascinante, sirve de marco para el comienzo de esta sugestiva novela. Desde tiempos inmemorables, la familia Perdomo se dedica a la pesca y el océano es casi su hábitat natural. Pero su apacible y rutinaria vida se verá sacudida por el extraño carácter de su hija menor Yáiza. Una muchacha, poseedora de un don sobrenatural para «aplacar las bestias, aliviar a los enfermos y agradar a los muertos», y cuya extraordinaria belleza despierta apetitos inconfesables y provoca una tragedia que cambiará para siempre la vida de la familia.

Cuentan que la única mujer nacida en Isla de Lobos fue Margarita la hija del farero, ya que, a los pocos años de venir al mundo, el faro se automatizó y nadie más vivió permanentemente en aquel diminuto peñasco que se alza, como un vigía, entre las islas de Fuerteventura y Lanzarote, en el archipiélago canario, frente a las costas del desierto africano.

Cuentan también que Margarita fue llevada a bautizar a Corralejo a bordo del *Isla de Lobos*, una goleta que acababa de construir con sus propias manos el viejo patrón Ezequiel Perdomo, más conocido por Ezequiel *Maradentro*, que quiso celebrar la botadura de su nueva embarcación apadrinando a la hija de su amigo, aquel farero que en las noches oscuras le hacía guiños de luz en la distancia, marcándole el camino de regreso a casa.

Los Perdomo, o *Maradentro* habían habitado desde que se tenía memoria, en el minúsculo puertecillo lanzaroteño de Playa Blanca, situado exactamente frente a la torre del faro de Isla de Lobos, y tenían fama de ser, por tradición, los mejores y más arriesgados pescadores de aquellas aguas.

Y cuentan por último, que, debido a una notable coincidencia, la tragedia que cambió la vida de los *Maradentro* se inició exactamente la misma semana en que, muy lejos de Playa Blanca, fallecía —también trágicamente— la niña que habían llevado a bautizar en su goleta, tantísimo tiempo atrás.

En efecto, mi madre, Margarita Rial, murió muy joven, la mañana de San Pedro del año cuarenta y nueve, cuatro días después de que, a la luz de las fogatas de San Juan, tres

señoritos llegados de la ciudad, vieran por primera vez a Yáiza Perdomo, la menor de la estirpe *Maradentro*.

Y habían venido a verla a Playa Blanca, porque hasta la capital de la isla, e incluso hasta las islas vecinas, alcanzaba la fama de Yáiza, hija de Abel, nieta de Ezequiel, y hermana de Asdrúbal y Sebastián Perdomo, que pese a pertenecer a una familia de pescadores curtidos por mil soles y horas de mar, asombraba por la delicada belleza de su rostro dominado por unos rasgados ojos verdes, la frágil pero rotunda madurez de su cuerpo de mujer-niña, y el indescriptible misterio que rodeaba de continuo su persona, pues se aseguraba que Yáiza *Maradentro* tenía el «Don de aplacar a las bestias, atraer a los peces, aliviar a los enfermos, y agradecer a los muertos».

Nada de esto último advirtieron sin embargo los forasteros de la Fiesta de San Juan, deslumbrados desde el primer momento por la gracia con que Yáiza reía, la eterna luz que brillaba en sus ojos, la esbeltez de su majestuoso pecho, y la contenida e involuntaria sensualidad que se adivinaba en cada uno de sus gestos, enardecidos como estaban por el alcohol y por el hecho de que ni una sola vez hubiera aceptado bailar con ellos, dirigirles la palabra, o dedicarles una simple mirada.

Ocurrió al final de la fiesta, cuando, de regreso a casa la acecharon al borde del oscuro camino tratando de obtener a la fuerza mucho más de cuanto no habían podido conseguir con halagos, ignorantes como extraños al pueblo que eran, de que uno de sus hermanos se cercioraba siempre, desde el recodo del sendero, de que nadie molestara a Yáiza hasta que penetraba en el patio de la casa.

Y fue Asdrúbal, el menor, el que los vio esa noche; el que gritó sin que los que aún cantaban junto al rescoldo de la hoguera alcanzaran a oírle; el que se abalanzó decidido sobre los agresores, y el que, en el ardor de la contienda, arrebató a uno de los forasteros un cuchillo, y de un mal golpe lo mató en el acto.

Fue Asdrúbal, que acababa de cumplir veintidós años.

El difunto era aún más joven.

Y era hijo único de don Matías Quintero, señor de los viñedos de Mozaga y el terrateniente más influyente de la isla en aquel tiempo, ya que al poderío que le proporcionaban sus viñas y sus tierras, unía una indiscutible ascendencia política conquistada en los campos de batalla de Toledo, Madrid y Zaragoza como condecorado capitán de la Legión.

—¡Escóndete...! —fue lo primero que dijo Aurelia Perdomo a su hijo cuando esa misma noche averiguaron la identidad del muerto—. Escóndete y no vuelvas hasta que pase un tiempo y las cosas se aclaren, porque don Matías Quintero es muy capaz de matarte del primer golpe de ira, y es un hombre al que luego nadie va a ir a pedirle explicaciones...

—¡Pero es que yo lo hice en defensa propia, madre...! —protestó Asdrúbal—. Estaban a punto de abusar de mi hermana... ¿Por qué tengo que esconderme como si fuera un asesino...?

—Porque tiempo hay siempre para demostrar una inocencia, pero jamás lo hay para resucitar a un muerto... —fue la respuesta—. Ve a esconderte y no discutas.

Aún quiso decir algo el muchacho, pero su padre intervino imponiendo una autoridad que en la casa nadie se atrevió jamás a discutir.

—Haz lo que tu madre dice, hijo... —pidió—. Que tu hermano te lleve a Isla de Lobos, y ocúltate en el faro... —Le colocó en el hombro su enorme manaza de gigante—. Será cosa de días... La Guardia Civil entenderá que no pudiste obrar de otra manera.

—En los tiempos que corren no es cuestión de Guardia Civil... —sentenció Aurelia—. Es cuestión de don Matías Quintero, y dudo que quiera entender lo que ha ocurrido.

Aurelia Perdomo había llegado a Lanzarote veintiséis años antes proveniente de su isla natal, Tenerife, recién

concluida la carrera de Magisterio y decidida a ejercer durante cuatro años en el vecino pueblecito de Femés, ahorrar algún dinero, y regresar a casa en condiciones de iniciar los estudios de Derecho continuando la tradición familiar y haciéndose cargo del bufete que su padre había dejado vacante al morir.

Nada por tanto más apartado de su intención en aquellos lejanos tiempos, que quedarse para siempre en Lanzarote, pero el extraño embrujo fascinante de la isla y la aparición una mañana de un gigante de casi dos metros y cuadradas espaldas que surgía del mar arrastrando una barca, cambiaron por completo sus planes.

Aurelia Ascanio se enamoró de Abel Perdomo *Maradentro* desde el momento mismo en que lo vio; enorme, fuerte, retraído y serio, y resultaron inútiles las súplicas de doña Concha —del más rancio abolengo tinerfeño—, y los consejos de sus amigos y parientes. Olvidó sus libros de Derecho, y confió su cuerpo y su destino a aquellas enormes y encallecidas manos que la hicieron temblar desde el primer día en que la acariciaron tímidamente.

Aún temblaba y se estremecía al contacto de esas mismas manos; aún adoraba cada centímetro de aquel cuerpo enorme y poderoso, y ni un solo día de su vida se había arrepentido de haberlo abandonado todo para convertirse en la mujer de un pescador que pasaba en ocasiones semanas mar adentro.

En tales períodos de obligada soledad, Aurelia Ascanio amén de cuidar a sus hijos y enseñar a leer y escribir a los niños y adultos de Playa Blanca, aprendió a amar y conocer la isla en la que había nacido su esposo; la más sorprendente, misteriosa y agreste de cuantas islas había desperdigado el Creador sobre los mares.

Y había aprendido a amar y conocer igualmente a sus gentes, pero sabía, le constaba por cuanto de él había visto y escuchado, que don Matías Quintero no era hombre que pudiese aceptar el hecho de que su único hijo había muer-

to de una puñalada mientras intentaba violar a la hija de un pescador zarrapastroso.

—Nos buscará problemas... —sentenció convencida—. Muchos problemas... Él sabe cómo hacerlo sin necesidad de que le hayan matado a un hijo.

Asdrúbal *Maradentro* admitió de mala gana el consejo de su madre, amontonó en un macuto lo más imprescindible, se despidió con un beso de Yáiza que no había abierto la boca impresionada por todo lo ocurrido, y siguió a su hermano Sebastián hasta la playa en la que, juntos, botaron a oscuras la barca y comenzaron a bogar, muy lentamente y en silencio, antes de izar una vela que podía delatar a los alborotados vecinos, su evasión.

Tardaron más de media hora en pronunciar palabra, inmersos, en sus propios pensamientos, conscientes de que habían quedado súbitamente atrás los hermosos años en que su única preocupación era el mar, sus peces, y conseguir que aquel viejo barco que construyera su abuelo con sus manos, continuara siendo, pese a los años transcurridos, el más valiente velero de las islas.

—No pude hacer otra cosa.

—Nada te he preguntado... —Sebastián había sido siempre consejero y mentor, ídolo y guía de su hermano—. Yo hubiera hecho lo mismo, y sabes bien que no es un problema tuyo, sino de toda la familia...

—¿Por qué tenéis que sufrir las consecuencias de algo que hice solo...? No es justo...

Lo había dicho, aunque sabía que era justo; que los *Maradentro* habían compartido los buenos días de pesca o los tiempos de hambre desde los lejanos comienzos de su estirpe, y aquel férreo concepto de arraigo familiar había sido siempre preponderante en ellos.

No era Asdrúbal Perdomo; eran los *Maradentro* los que habían matado aquella noche a un Quintero de Mozaga y lo sabía.

La abuela Encarna lo dijo siempre:

—«Familia es aquella donde todo es de todos... Lo demás son gente arrejuntada».

Desgracias y disgustos era lo que con más frecuencia compartieron los Perdomo porque en los difíciles tiempos de posguerra y en aquella dura tierra donde podía no caer una sola gota de agua en años, solían siempre vencer por amplio margen, fatigas y miserias, a harturas y alegrías.

Y ahora, mientras una suave brisa del norte empujaba la falúa aproada hacia la punta de barlovento en busca de la caleta y el desembarcadero, guiados por el tranquilizador destello del faro de la isla, recordaban cuántas veces habían calado las liñas allí mismo, en el roquedal que el abuelo Ezequiel descubriera y guardara en secreto para la familia tantísimos años antes; roqueda donde siempre podían ganarse un jornal por brava que estuviera la mar por el poniente, o fuerte que llegara el siroco de la costa de África.

Eran noches felices aquellas, cuando apenas muchachos todavía enfilaban la luz del faro de Pechiguera con el de la isla, y la que dejaban encendida en la cocina, con la de la cuarta casa de Corralejo.

—¡Aquí...! ¡Aquí! ¡Tira el ancla...! —ordenaba Abel, y se sentían orgullosos al advertir que una vez más habían acertado, y a los cinco minutos las hambrientas cabrillas, los besugos y los meros comenzaban a lanzarse sobre la carnada treinta brazas más abajo.

Aquella era la herencia que había dejado el viejo Ezequiel Perdomo a su familia; la eterna «despensa» de los *Maradentro* para los malos tiempos; vivero natural que había que conservar como oro en paño; tesoro sumergido en el fondo de los mares, del que nunca se debía abusar ni permitir que nadie descubriera.

—Ni una palabra y pescar sin ruidos... —advertía siempre Abel a los chiquillos—, porque todos en el pueblo se mueren por encontrar este caladero y vuestros hijos y nie-

tos tal vez maten el hambre con los hijos y nietos de estos peces...

Ahora, al cruzar sobre aquel amado roquedal que fuera maravillosa aventura furtiva de su infancia, Sebastián y Asdrúbal Perdomo abrigaban inconscientemente la impresión de que habían quedado de improviso atrás las noches de arrojar las liñas en silencio; sin una tos y sin encender siquiera un cigarrillo; noches de dulce complicidad en la que siendo niños ya se sentían hombres porque los hombres de la familia compartían con ellos el primero de los grandes y primordiales secretos de la vida: el de la supervivencia, bajo cualquier condición adversa, de los Perdomo *Maradentro*.

—Vendrán tiempos terribles...

Asdrúbal lo dijo sin pensar, como solía hacerlo Yáiza cuyas premoniciones parecían llegar siempre antes a su boca que a su mente y ella misma era la primera sorprendida cuando descubría que acababa de anunciar que un pescador estaba a punto de ahogarse; al día siguiente llegarían los atunes, o la mujer de Benjamín tendría mellizos y uno de ellos moriría al poco tiempo.

—Lo que ocurre es que estás impresionado... —le tranquilizó su hermano—. Serán días malos, pero todo se arreglará... Hay testigos de que no pudiste actuar de otra manera...

—¿Dónde están...? Huyeron en cuanto murió el otro.

—La policía los encontrará... Debe de ser gente de Mozaga... o de Arrecife. Todos los vimos... Parecían amigos...

—¡Eran amigos...! Y eran iguales; pretendían lo mismo... Ni siquiera estoy seguro de si el cuchillo era del muerto o de cualquiera de los otros... ¡Estaba tan oscuro!

—Era del muerto —le recordó su hermano—. Tú mismo lo dijiste, ¿no te acuerdas...?: «Le agarré por la muñeca, le retorcí la mano y busqué la carne con su propio cuchillo...». Esas fueron tus palabras...

Asdrúbal meditó observando el faro de Isla de Lobos, que enviaba sus últimos destellos antes de desaparecer tras el promontorio de poniente, intentando recordar con exactitud los acontecimientos que habían tenido lugar cuatro horas antes.

—Era muy débil... —musitó para sí, aunque su hermano podía oírle—. Flaco y débil, con las muñecas apenas más gruesas que el cabo del ancla... Casi se me rompe entre las manos... —agitó la cabeza desechando sus pensamientos—. ¿Por qué sacó el cuchillo? —inquirió quejumbroso—. Sin el cuchillo todo se hubiera resuelto de otro modo.

Sebastián Perdomo no necesitaba ver a su hermano menor para tener la seguridad de que lo que decía era cierto. Aquel muchacho de ciudad, más acostumbrado sin duda a los libros o al ocio que al trabajo duro, se hubiera quebrado como tiza entre las manazas de Asdrúbal *Maradentro*, el más bajo de estatura, quizá, de todos los hombres de la familia, pero el único capaz de competir con el gigantesco Abel a la hora de arrastrar una barca sobre la arena o levantar a pulso dos cajas de pescado.

Sebastián y Yáiza habían salido a la familia de la madre, con la delicadeza de rasgos de los Ascanio tinerfeños, pero Asdrúbal era un Perdomo hasta la médula, de tez aceitunada, cabello rebelde, cuerpo de toro y nervios que parecían trenzados con finos cables de acero apenas cubiertos por una tersa piel siempre brillante.

Era un hombre temible en las «luchadas», capaz de alzar en el aire al mismísimo *Pollo de Teguisse* con sus ciento veinte kilos y voltearlo en una atrevida pirueta, y capaz también de quebrarle el espinazo de un solo golpe a un tipo tan enclenque como el muerto.

—¿Por qué sacó el cuchillo? —repitió alzando el rostro hacia su hermano.

—Porque era flaco y tenía miedo...

—Yo no quería hacerle daño... —señaló—. Solo quería que se fueran... Que dejaran a Yáiza.

—Tal vez tenía miedo por lo que estaba haciendo.

—Yáiza estaba asustada... Tan asustada como aquella noche en que vio en sueños cómo se hundía el *Timanfaya*.

—Está bien muerto... Los tres deberían estar muertos por intentar una cosa semejante...

—¡No digas eso...! —le recriminó Asdrúbal—. La muerte es horrenda... Se quedó muy quieto tratando de tragar aire sin lograrlo, y me miró temblando como si todas sus escotas se hubieran zafado de improviso. Temblaba porque sabía ya que estaba muerto, y siguió temblando en el suelo, estirando las piernas y saltando como un pez sobre cubierta cuando pretende regresar al agua... Tuve la impresión de que quería dar un coletazo y volver atrás... ¡Solo un minuto atrás! Y yo también quería que volviera...

—Ya está hecho... ¡Olvídalo!

—Sabes que no podré olvidarlo nunca... Lo de esta noche nos seguirá para siempre, hermano... Eso es algo de lo que puedes estar seguro.

Sebastián Perdomo no quiso responder, atento como estaba a arriar la vela y maniobrar en la oscuridad para arriar sin daño el falucho al diminuto espigón que servía de desembarcadero y contra el que rompían las mansas olas de la noche.

Asdrúbal tomó el cabo de proa y saltó a tierra con la agilidad propia de quien ha pasado la vida en esas lides, haciendo que sus desnudos pies se aferrasen a la húmeda roca como si fuesen garfios. Luego, alzó con una sola mano el pesado macuto que le tendía su hermano, y dejándolo en seco se inclinó levemente hacia adelante.

—¡Cuida de Yáiza...! —suplicó—. Ya sabes cómo es de impresionable y ha pasado mucho miedo...

Sebastián hizo un mudo gesto de asentimiento y permaneció muy quieto, en pie sobre la barca, observando cómo su hermano daba media vuelta y desaparecía en la oscuridad, rumbo a la punta del islote en que se alzaba el faro.

Don Matías Quintero había amado profundamente a una mujer menuda y frágil, que no había tenido fuerzas suficientes para traer al mundo un chiquillo aún más frágil y menudo, quedándose en el parto abatida como un pajarillo que hubiera intentado durante nueve meses volar siempre hacia lo alto.

El capitán Quintero había encontrado consuelo a su sincero dolor en sacar adelante al minúsculo pingajo lloriqueante que su esposa le había dejado de recuerdo, consumir personalmente la mayor parte del mejor mosto de sus viñas, jugar al dominó, y consentir que una vez por semana su flaca ama de llaves, Rogelia, a la que todos llamaban por su aspecto, *el Guirre*, le diera una mamada, con lo que resolvía sus problemas sexuales hasta el sábado próximo.

No era mucho para quien había lucido tanto tiempo un vistoso uniforme cuajado de condecoraciones, y hubiera alcanzado las cimas del poder político de haber permanecido en Madrid a la sombra de su mentor y amigo, el poderosísimo general Ocampo. Pero su hijo y las viñas reclamaron en un principio su presencia, más tarde murió Ocampo, Alemania perdió la guerra, y comprendió que había pasado su momento y era cuestión de resignarse a envejecer viendo aumentar la extensión de sus tierras, y limitando su hipotético poder político al más concreto y efectivo de la isla, porque en Lanzarote continuaría siendo «don Matías», independientemente de que Ocampo alcanzara una cartera ministerial o se muriese.

Y allí estaba su hijo que no hubiera soportado, quizá, las inclemencias de un clima tan cambiante como el de la capi-

tal.

Y ahora lo habían matado.

Le trajeron la noticia al Casino en mitad de una partida de «chamelo», con la mente algo nublada por el vino y el humo, y en principio creyó que le hablaban en sueños; que alguien contaba una película que había visto en el pueblo, o que un loco deliraba.

—No pueden haberlo matado... —le dijeron más tarde que había dicho—. Es todo lo que tengo.

Y todo lo que tenía estaba allí, convertido en un guiñapo ensangrentado, rota la nariz de un puñetazo; quebrada la muñeca como un lápiz; partido el corazón en dos pedazos...

—¿Quién fue?

—Un pescador borracho.

—No pagaré con mil vidas que tenga.

Los muertos siempre son inocentes aunque tan solo sea por el simple hecho de estar muertos, y resulta muy difícil aceptar la culpabilidad de un hijo en su propio asesinato cuando se le está viendo blanco, rígido y frío, tendido sobre la mesa del comedor.

Tal vez nadie tuvo el valor de contarle a don Matías cómo se habían desarrollado los acontecimientos, o tal vez él ni siquiera hubiera querido escuchar que aquel chiquillo al que había dedicado sus afanes había pretendido violar a una hedionda que apestaba a pescado.

—Que lo traigan.

—Anda huido.

—Que lo busquen hasta debajo de las piedras. No pararé hasta verlo como estoy viendo ahora a mi hijo... ¿Quién es?

—Asdrúbal Perdomo... De los *Maradentro* de Playa Blanca... Gente dura.

—Más duros eran los «rojos» en la guerra y ya están todos muertos...

—Esto ya no es la guerra, don Matías.

—Lo sé... —admitió—. Es peor. En la guerra no me mataron ningún hijo.

Se esforzaron porque entrara en razón, pero fue inútil. Encerrado en su vetusto caserón de gruesos muros de Mozaga, sentado en el porche bajo el parral desde el que dominaba sus viñedos con el telón de fondo de las Montañas de Fuego en la distancia, aguardó, en el mismo lugar en que aguardaba cada tarde el regreso de su chico, a que alguien le trajera a su presencia al asesino.

Su dolor era tan callado y tan profundo como el que había sentido cuando enterró a la madre de aquella desvalida y malograda criatura, pero los días, la calma y el aislamiento no consiguieron aminorar su pena, sino que, por el contrario, la fueron corrompiendo hasta transformarla en una sorda ira; algo que iba más allá de un simple sentimiento de venganza; el absurdo convencimiento de que únicamente la muerte de Asdrúbal Perdomo *Maradentro* obraría el milagro de devolverle nuevamente a su hijo.

Tan solo Rogelia *el Guirre*, siempre seca, enlutada y silenciosa osaba aproximarse de tanto en tanto con una bandeja de comida que quedaba intacta sobre la mesa, pues a don Matías Quintero se le consumían en esos negros días las carnes de igual modo que se le consumía el espíritu.

A las dos semanas vino a verlo su fiel compañero de Casino, el teniente Almendros, que por desgracia, no traía las noticias que anhelaba escuchar.

—El hombre continúa sin aparecer aunque hemos registrado cada palmo de la isla. La familia no habla, pero yo he averiguado hasta donde me ha sido posible... Hubo una riña, y parece ser que el cuchillo pertenecía a su chico.

—Mi hijo nunca usaba cuchillo... ¿Quién lo dice?

—Un ferretero de Arrecife. Él se lo vendió.

—Le habrán pagado para que cuente esa mentira. Cambiará de opinión.

El guardia civil observó largamente a su amigo que parecía haber envejecido un siglo en quince días. Habían ga-

nado juntos cuatro torneos de dominó y cientos de comidas, y había aprendido a apreciarlo pese a su mal perder y sus constantes regañinas cuando estimaba que había colocado una ficha equivocada. Lamentaba como el primero lo ocurrido, pero había tenido ocasión de hacerse ya una idea muy concreta de lo ocurrido en Playa Blanca.

—Su chico fue imprudente aquella noche... —comenzó tímidamente—. Él y sus amigos estaban molestando a la muchacha...

—¡Tonterías! Yo lo eduqué de otra manera... Esa guarra es muy puta, ya lo he oído... Se estaría divirtiendo con los tres cuando apareció el borracho de su hermano y sin mediar palabra me desgració al muchacho...

—No es eso, don Matías...

—¡Yo sé que es eso...! —le interrumpió furioso—. En Playa Blanca los *Maradentro* se consideran los gallitos... ¡Los «caciques»! Han hecho siempre lo que les da la gana, pero ahora se enfrentan conmigo: Con el capitán Matías Quintero.

—No quiero que haga de esto un asunto personal.

—¿Acaso hay algo más personal que la muerte de un hijo? ¡Mi único hijo...! Mi único pariente... —Hizo un amplio gesto señalando las tierras que se extendían ante él y en las que cada viña aparecía amorosamente circundada por un muro de piedra que la protegía del viento—. A esto he dedicado todo mi esfuerzo... —dijo—. A conseguir que una tierra difícil y sedienta dé sus mejores frutos y no exista un vino como el de los Quintero en todo el Archipiélago... El chico continuaría mi obra... Lo enviaría a estudiar a Francia y al regresar compraría parte de la «Gería» para que investigara allí nuevos injertos... Era muy listo. Listo y curioso, con grandes dotes para la investigación... —Agitó la cabeza como si aún le costara trabajo admitir la realidad de su terrible pérdida—. ¿A quién pretende ahora que le deje la Hacienda? ¿A esa arpía de *el Guirre* y al consentido cabrón de su marido?